

ESTA entrevista puede ser la última concedida por Régis Debray en su prisión de Camiri —localidad del Sur de Bolivia, donde el 18 de noviembre de 1967 fue juzgado por un tribunal militar y condenado a treinta años de reclusión—, ya que corren rumores de que el joven francés será amnistiado y liberado antes de Navidad, y Debray no quiere ver a más periodistas. (Ver núm. 445.) Quizá sea también la última vez que hable a la prensa, pues ha declarado que quiere «reinstalarse en un anonimato del que salió por razones independientes de su voluntad». Para entrevistarse con Régis Debray, Nicole Bonnet tuvo que esperar durante un mes en La Paz la autorización del jefe del ejército boliviano, al que había entregado una petición escrita y un formulario. La entrevista —grabada en magnetofón— se desarrolló en francés durante tres cuartos de hora, en presencia de un censor boliviano que conocía el idioma y de un oficial, el coronel Gamboa.

—Después de ser condenado por el consejo de guerra de Camiri, usted declaró: «Treinta años es mucho tiempo. Lo más importante será conservar la moral». ¿Cómo ha resistido usted estos tres años de duras pruebas?

REGIS DEBRAY.—Mi moral es más firme hoy de lo que era al principio de mi detención, aunque el hecho de sentirse combativo y no poder combatir, de tener el cerebro en constante ebullición y no poder poner en práctica las ideas provoca, a veces, cierta exasperación. Pero esta irritación nada tiene que ver con la desesperanza —añade con una sonrisa burlona—: Soy maniaco-depresivo. Cualquier animal enjaulado puede conocer momentos de melancolía y mirar al cielo de cuando en cuando.

—En Bolivia, la gente dice que la cárcel es la mejor de las universidades...

R. D.—Creo que exageran. Si se deja vivir en paz al prisionero, entonces la cárcel no es una prueba de resistencia, sino una experiencia de laboratorio que llega a producir una especie de «decañación psicológica». La permanencia prolongada en un calabozo hace surgir del temperamento de cada uno viejas tendencias, buenas y malas, que uno creía ya olvidadas. La situación de un prisionero es comparable a la de los religiosos que se deciden a vivir encerrados en un convento. ¿Por qué preocuparse, pues, de los detenidos y no de los viejos encerrados en miserables asilos o de los inválidos que no pueden salir de sus habitaciones? En

LO QUE NO DIJO REGIS DEBRAY

«NUNCA RENEGUE DEL CONTENIDO DE MI LIBRO "REVOLUCION EN LA REVOLUCION"»

todos estos casos, las pruebas a que están sometidos los individuos son las mismas.

—La periodista italiana Oriana Fallaci, en una entrevista con usted, decía que Debray estaba profundamente deprimido. En sus declaraciones usted llegó a renegar del contenido de su libro "Revolución en la Revolución".

R. D.—El tono patético y un tanto exhibicionista de mis declaraciones (1) es debido al talento

(1) En la entrevista publicada por «L'Europeo», Debray declara: «No aguanto más... me producen náusea los libros, me produce náusea la reflexión y también el silencio...».

de Oriana Fallaci. No tengo una buena opinión de la prensa. Es verdad que he sido periodista, que todos lo somos en cierto modo, que estamos sentados en el mismo banquillo. Pero el tono espectacular de la entrevista me sorprendió desagradablemente. Mi propia debilidad, la úlcera de que sufro, y alguna que otra cosa pasajera, todo ello fue explotado por una periodista al acecho. Es posible que me saltaran las lágrimas cuando Oriana Fallaci me recordó determinados momentos de la vida de «Che» Guevara. Pero esa circunstancia no merecía ser publicada. He protestado contra

la publicación de ciertas declaraciones que no hice.

—¿Cuáles?

R. D.—Al evocar el acceso al poder del actual gobierno boliviano, no dije nada de las probabilidades que yo tenía de ser liberado, pues sólo confío en la acción eficaz y perseverante de los trabajadores. Nunca renegué del contenido de mi libro «Revolución en la Revolución». Considero una gran vileza aprovecharse de las condiciones materiales en que me encuentro, así como de mi imposibilidad de controlar el uso que pueda hacerse de mis declaraciones, para incluso traicionarlas.

—¿No le obligan los acontecimientos de estos últimos años a revisar sus escritos, por lo menos parcialmente?

R. D.—Mi libro «Revolución en la Revolución» proponía un examen crítico de una serie de experiencias latinoamericanas. Desde entonces se ha producido una serie de nuevos acontecimientos. De acuerdo con el espíritu del libro, es necesario ahora un nuevo examen crítico. Para mí, modificar quiere decir enriquecer y completar. Cumplir esta tarea es seguir desempeñando el modesto papel que yo mismo me he confiado: aplicar bajo forma creadora el marxismo-leninismo a la realidad latinoamericana. Es también recoger la herencia del «Che», del que, en verdad, yo nunca me he apartado. Es, sencillamente, recoger hechos concretos.

«Por eso no es verdad que yo haya renegado de «Revolución en la Revolución». La frase que la Fallaci me ha atribuido es al mismo tiempo innoble y estúpida. Yo jamás la he pronunciado (2).

—¿Y qué me dice de las declaraciones sobre su familia formuladas en la misma entrevista? (3).

R. D.—No hablemos de este tema, por favor.

—¿Por qué no ha acabado usted las obras en las que ha estado trabajando en la cárcel? ¿Por ejemplo, los estudios sobre John Dos Passos, Claude Simon, André Malraux, o su análisis marxista de la historia de Latinoamérica?

R. D.—Todos estos trabajos exigen para su realización otras condiciones materiales; necesita-

(2) Oriana Fallaci le confesó haber visto morir a más de un palestino con su libro en las manos, a lo que, según la periodista, Debray respondió: «Es terrible, es espantoso, porque lo que escribí en ese libro hoy me parece tan frágil, tan disputable...».

(3) «Uno no puede elegir a sus padres. Yo no elegí a los míos... No tengo ya nada en común con ellos... Y, sin embargo, ocurre que, después de mi detención, mi familia se dedica a distribuir por ahí versiones de las que no soy en absoluto responsable...».

ba disponer de una buena biblioteca, por ejemplo. Por otro lado, la imposibilidad de movimiento, el clima tropical, la exigüidad en que vivo no facilitan en ningún modo mi trabajo. En esta prisión y con este clima, un intelectual de procedencia burguesa, como yo, necesita descansar constantemente.

«Lo he hecho y no he dejado ni un momento de reflexionar, de clarificar mis posiciones y mis conocimientos políticos.

—En una carta, usted escribió que el estudio que estaba realizando sobre Malraux no le gustaría a éste. ¿Por qué?

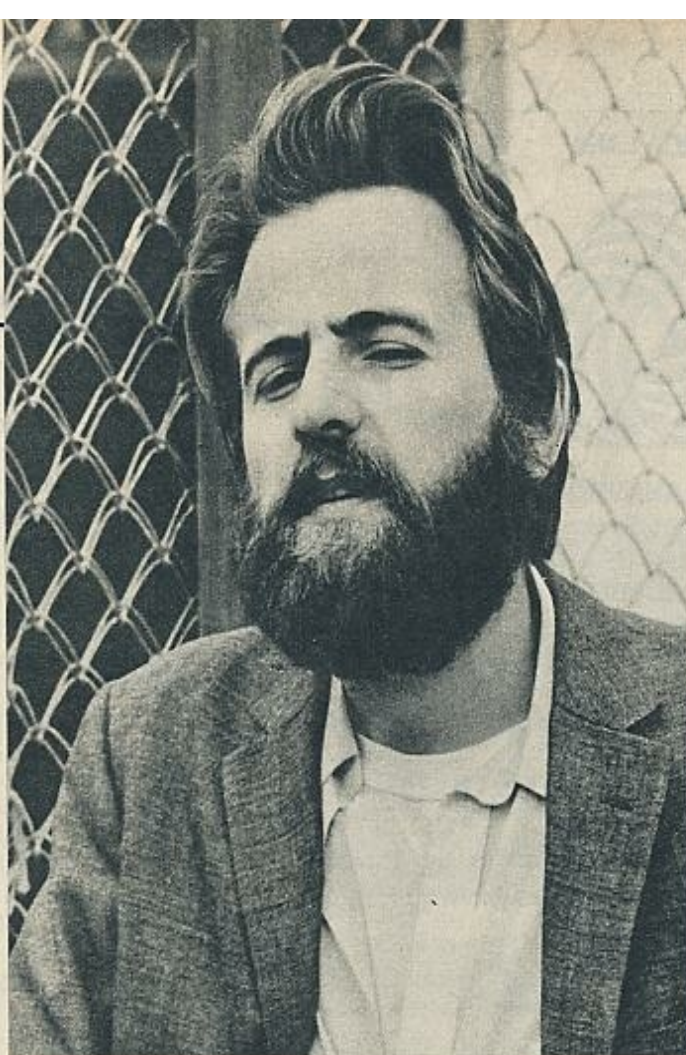
R. D.—No recuerdo haber escrito nada sobre la persona de Malraux, cuya mitología ya apenas me interesa. No tengo quince años, y ese tipo de aventurero ha dejado de fascinarme. Me he interesado, por el contrario, por su técnica novelística, que es más sorprendente, más moderna de lo que se piensa generalmente. También he explicado en qué condiciones históricas se habían producido malentendidos entre él y los movimientos comunistas de su época. Es evidente que todo esto no le interesará.

—Usted es un apasionado de la literatura, pero sus escritos son sobre todo políticos. La elección de Allende en Chile constituye, sin duda, el acontecimiento más importante de los que se han producido recientemente en Latinoamérica. ¿Qué espera usted de la experiencia chilena?

R. D.—Se trata de una experiencia muy particular, en la medida en que el nivel de conciencia política es en Chile mucho más elevado que en los otros países de Latinoamérica. Enraizado como está en unas masas trabajadoras, organizadas y disciplinadas, el gobierno de Salvador Allende no puede temer el abandono de un pueblo al que auténticamente representa. Disponiendo, pues, de una base firme, con una ideología clara y sólida, tampoco tiene por qué temer al imperialismo (lo ha demostrado restableciendo las relaciones diplomáticas con Cuba), por más que las circunstancias le impongan cierta prudencia en su avance. La victoria popular en Chile es una grave derrota para el imperialismo en la América Latina. Es la primera gran victoria después de la heroica revolución cubana. Pero habrá otras. La unidad popular chilena se merece un apoyo total y una solidaridad sin claudicaciones.

—Un dirigente del ejército de liberación boliviano declaró que usted se opuso, en cierta carta, a la reanudación de las guerrillas rurales. ¿Es cierto?

R. D.—Si hubo ciertos desacuer-



Régis Debray: «La elección de Allende en Chile constituye, sin duda, el acontecimiento más importante de los que se han producido recientemente en Latinoamérica».

dos fue por cuestiones de método, de oportunidad, no por problemas de principio. Pero es verdad que en la lucha política las cuestiones de método tienen su importancia. Quizá un día estos debates entre revolucionarios podrán publicarse y entonces se podrá juzgar a la vista de esos documentos.

—Su papel político en Francia fue más bien limitado. Pero, ¿qué habría hecho si hubiese vivido en París los acontecimientos de mayo de mil novecientos sesenta y ocho? ¿Qué puede usted decirme de aquellos acontecimientos y su evolución?

R. D.—¡Vaya pregunta! Habría participado en los movimientos

de masas como simple militante. Hubiese ido hasta el final, pero sin ilusiones, con los ojos muy abiertos.

—En una carta, usted le agradeció al general De Gaulle que hubiese intervenido a su favor cerca del general Barrientos. En la carta usted le decía que los revolucionarios del continente latinoamericano tenían por él un gran respeto, que le consideraban "un gran hombre". El general De Gaulle ha muerto. ¿Qué puede decirnos hoy de él?

R. D.—El general De Gaulle era una gran personalidad histórica. Se le puede disociar perfectamente de las fuerzas sociales

que representaba. Su perspicacia, su valor, su grandeza, su audacia le diferenciaban de otros dirigentes burgueses. Su nombre, su imagen, siguen ligados a la voluntad de resistencia nacional que hoy encontramos en todas partes, en otros contextos, en otros frentes.

«De Gaulle se levantó contra la ocupación nazi con sólo un puñado de hombres al principio, desafiando, en Francia, a la que ahora se ha dado en llamar «mayoría silenciosa».

«Después se negó a permitir que su país se convirtiese en una colonia norteamericana. Quiso asegurarle un destino independiente. El capitalismo francés juzgó irrealista tal pretensión y decidió librarse de él para volver a un juego político en el que los amigos de Ford son los que están mejor situados.

«El nombre del general De Gaulle ha ido ganando popularidad fuera de Francia, en los países que luchan por su independencia nacional, contra el dominio del «cuarto Reich» —todavía más temible que el tercero—, el imperio norteamericano. El nombre de De Gaulle ha adquirido un valor de símbolo sentimental, pero también político. Lo que explica los mensajes dirigidos por el presidente Mao Tse-Tung con ocasión de su muerte. Mao no actuó sólo por razón de Estado. Se entiende perfectamente el porqué de la emoción con que en tantos países sudamericanos se ha acogido la noticia de su desaparición.

«Personalmente, tengo razones para pensar que gracias a su rápida intervención hoy puedo, por ejemplo, contestar a sus preguntas. No puedo olvidar su gesto. No lo olvidaré jamás.

—Parece que su liberación es inminente. ¿Qué hará usted cuando esté libre?

R. D.—La mayor alegría que me proporcionará esa posible liberación —si gracias a las presiones del pueblo boliviano se consigue por fin una amnistía para todos los revolucionarios encarcelados— será la oportunidad de reinstalarme en el anonimato del que salí por razones totalmente ajenas a mi voluntad. Como dice Cortázar, «no hay que dejarse comprar, pero tampoco dejarse vender». Mi mayor vergüenza es haber permitido a determinados comerciantes vender papel. Pero en una prisión como ésta, uno no es libre de cerrar la puerta a nadie. Mi concepción de la vida, de la vida a que aspiro, es totalmente incompatible con la situación de «vedette». Toda esta publicidad montada en torno mío me exaspera. Espero que esta será la última vez que se hable de mí en la prensa. ■ Declaraciones recogidas por NICOLE BONNET.